

Caer con elegancia

Hay algo que aprendes en las montañas, y no tiene mucho que ver con la cumbre. Y es que el camino te enseña a caer. Tropezar forma parte del viaje. Especialmente, cuando eres más de perderte en la línea del horizonte que de fijarte en dónde apoyas el pie, como es mi caso.

A veces por exceso de confianza; otras, por una piedra suelta o un paso traicionero. Pero en la montaña, como en la vida, como en las organizaciones y en las relaciones, es importante recordar esta secuencia: tropezar, caer, levantarse... y sonreír. Aunque a veces quede cicatriz o sepas que la rodilla vaya a doler por una temporada.

Sobre todo, el segundo acto de esta obra, el de aprender a caer con elegancia, es todo un arte. Porque caer con estilo, no significa que no duela. En una de las primeras escenas de la película *"Lawrence de Arabia"*, el protagonista apaga una cerilla con los dedos, sin gesto alguno de dolor. Un soldado que lo observa, asombrado, intenta imitarle... y se queja de inmediato *"¡Duele!"*. Lawrence le responde con serenidad: *"Claro que duele. El truco es que no te importa que te duela"*.

Esa secuencia encierra una lección valiosa. Porque cuando te caes, te duele, y a veces te duele mucho. Pero puedes elegir cómo responder a ese dolor. Y esa elección es donde empieza la verdadera elegancia.

Vivimos tiempos en los que todo parece estar diseñado para ganar, y para las personas que triunfan. Para escalar, optimizar, acelerar. Y, sin embargo, caer sigue siendo inevitable. Los proyectos fallan. Las ideas buenas llegan tarde. Los equipos se cansan y a veces se rinden. Y ahí, en ese momento, no es el éxito el que nos define, sino cómo gestionamos la derrota.

Ya sabéis que estuve escribiendo un blog durante casi una década, y cada octubre, cuando el año empezaba a mostrar lo que fue y lo que no pudo ser, me paraba a escribir sobre algunas personas que habían sabido perder con estilo. No en los que habían fracasado por negligencia o soberbia, sino en los que lo habían dado todo y no había sido suficiente.

Este mes llegará otro verano, y yo tomaré la ciaboga de las 6 décadas, y en el espejo se verán todas las cicatrices. No es otoño, pero sentiré esa certeza de que algunas derrotas dolerán ya de por vida, y algunas cumbres ya nunca llegarán. Buen momento para aprender a caer con elegancia ¿verdad?

Hay ejemplos muy lindos de caer con estilo, tanto en la historia como en la ficción. De algunos ya os he hablado en alguna ocasión. Antígona, que elige perder todo para no traicionarse a sí misma. Balian de Ibelin, que rinde Jerusalén a Saladino pero salvar a su gente. Viktor Frankl, que encuentra sentido incluso en la locura de un campo de concentración.

Pero hay un personaje que me acompaña más que el resto, Jay Gatsby. Es el gran perdedor elegante. Se reinventa, construye un imperio, organiza fiestas como anzuelos para recuperar un amor perdido. No lo hace por ambición, sino por nostalgia de lo que ha perdido.

Y cuando finalmente comprende que el amor se le ha escapado ya, no se hunde en la amargura, ni lanza reproches. Simplemente se apaga, como una luz lejana que se va apagando hasta desaparecer. F. Scott Fitzgerald cierra la novela con una de las frases más hermosas que se hayan

escrito sobre perder con estilo: "Así es como tratamos de seguir adelante, barcas contra la corriente, empujados incesantemente hacia el pasado."

En este Junio, como en tantos Octubres antes, volveré a pensar en Gatsby y en quienes en esta vida hemos perdido, más que ganado. En quienes hicimos preguntas con respuesta imposible. En quienes apostamos por lo correcto y descubrimos que no era lo adecuado. En quienes dicen adiós con elegancia, aunque nadie lo agradezca. O quizá mejor, en quienes, a pesar de todo, mientras haya tiempo seguiremos creyendo que merece la pena intentarlo una vez más.

A esas personas. Con respeto. Con complicidad. Y con esa sonrisa que, aunque marcada con una cicatriz, sigue siendo el gesto más lindo, y el más invencible.

Ojalá algún día aprendiésemos a caer con elegancia...